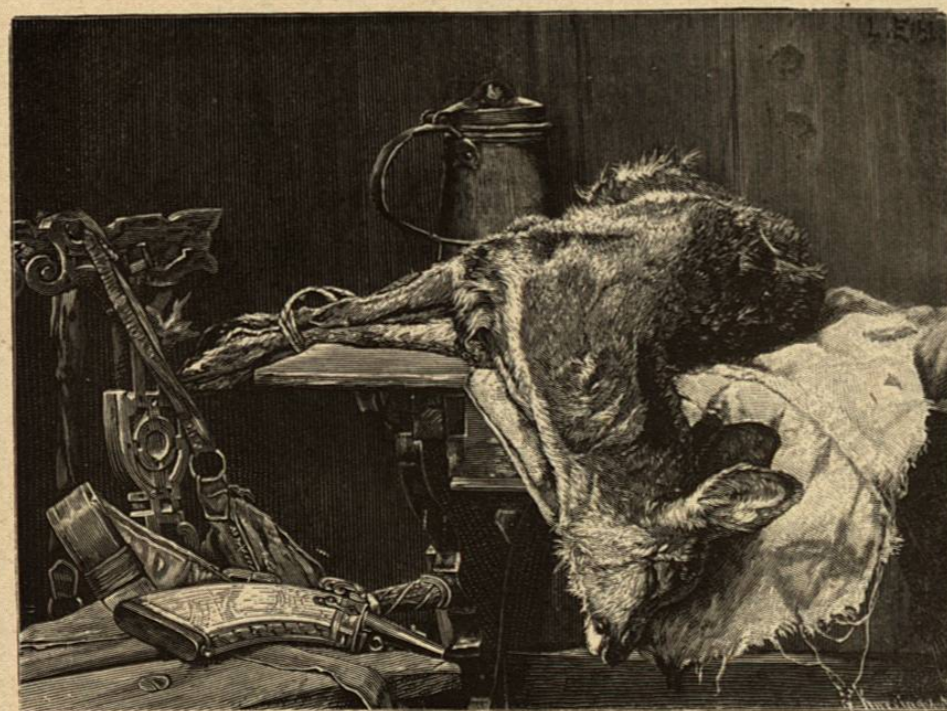


ben al nacer si la temperatura es demasiado fría. Liebres ya de este primer peligro, se hallan expuestas á otros muchos, debiendo temer, sobre todo, á su padre, que con excesiva crueldad los martiriza hasta matarlos. «Cierta día oí cerca de un pueblo los chillidos de un lebratillo,—dice Winckell.—Supuse que le había cogido un gato y me aproximé para matarle; pero era una liebre macho, que, sentada delante de su hijuelo, le empujaba con una pata y luego con la otra, sin dejarle un momento tranquilo. El pobre animal parecía estar rendido de fatiga: yo le vengué matando al padre.»

III

En ningún otro animal se observan tantas monstruosidades como en la liebre: no es raro ver individuos con dos cabezas, dos lenguas, y dientes que sobresalen de la boca.



Los hijuelos de una cría no abandonan por su gusto el lugar donde nacieron, ni se alejan mucho uno de otro, aunque cada cual tenga su cama aparte. Por la tarde van juntos á buscar su alimento, juntos vuelven por la mañana al sitio donde habitan, y observan esta costumbre hasta que llegan á tener la mitad de su tamaño, en cuyo momento se separan. A los quince meses són completamente adultos: pueden reproducirse al año.

El término máximo de la vida de la liebre parece ser de siete á ocho años, aunque se han visto individuos que, librándose de todas las persecuciones, no se hallaban todavía debilitados á esta edad. En los primeros años del siglo presente existió un macho muy conocido de los cazadores de gamuzas: mi padre no le perdió de vista en el espacio de ocho años, durante los cuales pudo sustraerse á toda persecución; pero, habiendo llegado un invierno riguroso, consiguió matar aquella liebre, que pesaba 9 kilogramos. Tales ejemplos son muy raros, sobre todo desde que los campesinos cazan también.

CAPITULO XX

CAZA DE LA LIEBRE



Esta tarea largadescribir las cacerías de la liebre. Para coger una liebre deben emplearse ni tramas ni lazos, medios que debemos reprobamos, y, además, inútiles muchas veces, porque el zorro es el que más á menudo se aprovecha de la captura. Las partidas organizadas por inteligentes son, en cambio, un verdadero recreo para el hombre, y parece difícil decidir qué género de caza ofrece más atractivo. Unos prefieren el ojeo y otros el acecho. En el primer caso deben elegirse las grandes llanuras, y se obtienen muy buenos resultados; pero se necesita un gran personal, y no todos pueden disfrutar de esta diversión. Los cazadores adelantan en silencio, deteniéndose á la voz del jefe de la partida, y juntamente con los ojeadores se forman en círculo para seguir avanzando luego. Dada la señal, óyense los gritos, corren los perros y todo se mueve en el recinto cercado. Aquí salta una liebre, más allá otra; ésta trata de huir, aquélla se esconde, y alguna corre desesperada de un lado á otro. Sucede, á veces, que ha sido sorprendido un zorro en medio de su excursión, y el animal se vale de toda su astucia para buscar una salida. El círculo se va estrechando poco á poco, el rumor acrece y suena el primer tiro. Bueno es que caiga la liebre, pero divierte más cuando no se la toca, porque entonces sucede á menudo que toda la línea de cazadores hace fuego sobre el pobre animal antes de que caiga herido por el plomo. El terreno se va cubriendo de cadáveres, los perros los recogen, los ojeadores se cargan de caza, estrechase el círculo, y entonces dicta la prudencia que no se tire ya sino fuera del espacio circunscrito. Las liebres quedan acorraladas por los cazadores, aunque más de una consigue escapar. El espectáculo es magnífico y de los más divertidos.

te con los ojeadores se forman en círculo para seguir avanzando luego. Dada la señal, óyense los gritos, corren los perros y todo se mueve en el recinto cercado. Aquí salta una liebre, más allá otra; ésta trata de huir, aquélla se esconde, y alguna corre desesperada de un lado á otro. Sucede, á veces, que ha sido sorprendido un zorro en medio de su excursión, y el animal se vale de toda su astucia para buscar una salida. El círculo se va estrechando poco á poco, el rumor acrece y suena el primer tiro. Bueno es que caiga la liebre, pero divierte más cuando no se la toca, porque entonces sucede á menudo que toda la línea de cazadores hace fuego sobre el pobre animal antes de que caiga herido por el plomo. El terreno se va cubriendo de cadáveres, los perros los recogen, los ojeadores se cargan de caza, estrechase el círculo, y entonces dicta la prudencia que no se tire ya sino fuera del espacio circunscrito. Las liebres quedan acorraladas por los cazadores, aunque más de una consigue escapar. El espectáculo es magnífico y de los más divertidos.

La caza al acecho ofrece, no obstante, más interés, sólo que no está permitida en todas partes. Hemos di-

II

La caza al acecho ofrece, no obstante, más interés, sólo que no está permitida en todas partes. Hemos di-

cho que la liebre cree ver en cada objeto un peligro amenazador, y en esta particularidad está basada la caza de que hablamos. En medio de la noche, cuando

han salido del bosque las liebres para ir á comer á la llanura, se interceptan los senderos por donde deben volver. Tres ó cuatro hombres llevan allí grandes pe-



Un crummo de liebres

lotes de estopa, en los que se fijan plumas ó pedazos de tela blanca; y de trecho en trecho se clavan estacas para atar dichos pelotes, que deben colocarse á unos

30 centímetros de altura sobre el terreno. Una vez cortada la retirada á las liebres de este modo, los cazadores emprenden la marcha muy de mañana, dirigidos por un

jefe que señala á cada cual su puesto, y todos esperan inmóviles el desenlace.

Apenas comienza á rayar la aurora, dirigen las liebres hacia el bosque por su acostumbrado camino, y



Saludo al vencedor

avanzan sin temor retozando. Todo está silencioso en la selva y la llanura, óyese cuando más el graznido de alguna corneja, y por el oriente aparece el nuevo sol,

cubriendo el horizonte con sus rosadas tintas. Acércanse las liebres, ven los espantajos, se inquietan y agitan las orejas; mas todo sigue tranquilo. Luego dan

algunos pasos para examinar de cerca el objeto de su temor y se espantan cada vez más. Una de ellas retrocede, hace un recorte y vuelve al campo; pero trata bien pronto de entrar por otro sitio, donde encuentra el mismo obstáculo. Entonces brilla un relámpago: el primer tiro viene á turbar el silencio de la mañana, óyese una segunda detonación, y después otra, y comienza el tiroteo, repetido por los ecos de los alrededores. Todo se agita; por todo el lindero del bosque resuenan los tiros; las liebres, desesperadas, corren de un lado á otro, tratando de encaminarse por los senderos conocidos de ellas, y se ponen así á merced de los cazadores. La matanza continúa hasta que ya es de día, y en aquel momento han desaparecido todas las liebres: las que no han sido muertas se han refugiado en los campos, y allí permanecen sin sospechar que después del acecho vendrá el ojeo. Los cazadores salen del bosque para recoger su caza, mas no todos han sido afortunados, porque es tan difícil apuntar bien al amanecer, que comunmente es mayor el número de tiros perdidos que el de las liebres heridas.

El acecho solitario por la tarde ofrece también mucho atractivo para el cazador joven é inexperto, que no podría encontrar mejor ocasión para ejercitarse. La liebre que sale trotando del bosque recorre muchas veces el mismo camino, hasta que al fin, creyéndose segura, se sienta y permanece inmóvil, y entonces nada más fácil que dispararle.

El acecho es asimismo muy conveniente para exterminar animales carnívoros, porque entonces se ven comadrejas, zorros y martas, que se pueden atraer fácilmente, imitando el chillido de los ratones, de los lebratos y de las aves de rapiña que van á pasar la noche en el bosque. Para el naturalista es la caza al acecho la que ofrece más interés y la más instructiva, sobre todo al amanecer, porque puede observar á los animales apenas despiertan de su sueño y ve lo que hacen cuando reposan y están tranquilos. Más de un cazador prefiere el acecho á otro género de caza, pues de este modo no le abandona nunca la esperanza.

No hablaré aquí de otras cacerías, y principalmente de aquella en que se persigue á la liebre á la carrera, muy de moda entre los ingleses, y que se reduce á mucho ruido y poco fruto. Sólo haré notar que la caza de la liebre no produce en ninguna parte como en Alemania, aun en la actualidad, á pesar de las nuevas leyes que permiten á los campesinos disfrutar de esta diversión. En Francia, en Bélgica, y particularmente en la Europa meridional, las liebres escasean mucho más. Cuando Leonor, Reina de Francia, fué á visitar á

la corte imperial en Bruselas (1550), recibió diariamente para su mesa 128 libras de carne de vaca, de carnero y de ternera, y cuanta quiso de cerdo, pero sólo dos liebres; y en una cacería real, que duró seis días, se mataron 208 jabalíes, 960 ánades salvajes y sólo cinco liebres.

III

Cautividad.—Las liebres pequeñas se domestican perfectamente y se acostumbran muy pronto al mismo alimento que toman los conejos, pero son delicadas y no es larga su existencia. Cuando sólo se les da heno, pan, avena y agua, sin nada de verde, viven más tiempo. Si se ponen liebres jóvenes con viejas, éstas las matan. Los demás animales pequeños sufren la misma suerte á juzgar por el hecho de haber encontrado yo una vez una rata muerta y medio devorada en el recinto de las liebres que teníamos en el jardín. Viven, no obstante, en buena inteligencia con los conejillos de Indias y se aparean con los conejos.

Los mestizos de liebre y de conejo, ó lepóridos, son bastante fecundos, según lo ha demostrado Brocá. Un tal Roux, vecino de Angulema, que se dedica á la cría de estos animales, entrega anualmente á la venta, desde hace algún tiempo, miles de lepóridos, los cuales son fecundos entre sí y con las especies vecinas. Los mestizos de tres octavos, es decir, los que tienen un cuarto de conejo y tres de liebre, son los mejores, y se han obtenido con ellos crías hasta la décimatercera generación sin que su fecundidad haya disminuido aún. La hembra pare seis veces al año, de cinco á seis pequeños en cada una. Brocá ha reconocido que el propietario tenía especial cuidado para hacer los cruzamientos. Separaba ó reunía sus animales según las circunstancias, y designábalos con nombres ó cifras. Resulta, pues, ser positivo que entre los roedores pueden producir hijuelos fecundos las especies distintas.

Los lebratos jóvenes se familiarizan hasta el punto de acudir al llamamiento del hombre, tomar el alimento en su mano y aun aprender algunas habilidades; pero las liebres viejas son, por el contrario, estúpidas, y no se acostumbran á su amo nunca. Las liebres cautivas son muy vivas y alegres. Divierten con sus saltos y su inalterable docilidad, mas nunca pierden su natural timidez. «Nada más curioso,—dice Lenz,—que entrar en la jaula de una liebre con una hoja de



Cuando menos se piensa...